JESUCRISTO
EN LA FORMACIÓN SACERDOTAL



COMISIÓN EPISCOPAL DE
SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES

Entrar en la lógica del siervo supone ponerse en los últimos y desde ahí seguir las huellas de Jesús de Nazaret. El camino de la soberbia, de la imposición, del lucro alejan al discípulo del único y verdadero maestro. Los caminos que conducen al Reino son poco transitados y con dificultades pero tienen la belleza de haber sido recorridos por Jesús, el Cristo de Dios.

BIBLIOGRAFIA

BALZ, H. - SCHNEIDER, *Diccionario exegético del Nuevo Testamento,* Salamanca 1996.

MARTINI, C., *Evangelio y comunidad cristiana,* Bogotá 1981.

ROSSANO, P.- RAVASI, G. - GIRLANDA, A., *Nuevo Diccionario de Teología bíblica,* Madrid 1990.

STRACK, H.L. - STEMBERGER, G., *Introducción a la literatura talmúdica y Midrásica,* Valencia 1988.

II
EL PROCESO DE CRECIMIENTO ESPIRITUAL EN LA CONFIGURACIÓN CON JESUCRISTO"

Luis María García Domínguez, S.J.,
Maestro de Novicios de la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús

Ofrezco esta comunicación como formador de futuros sacerdotes en la vida religiosa, palabras propuestas desde la experiencia de unos años; aunque formulada en forma razonada y espero que justificada teóricamente, no pretende ser una exposición propiamente científica. Trataré de suscitar algunas preguntas y animar respuestas de tono interdisciplinar, más que de aportar novedades teóricas que están aludidas en los autores citados.

Me dirijo a formadores de seminaristas diocesanos, aunque mis observaciones podrían estar un poco coloreadas por mi experiencia formativa prevalentemente con candidatos que tenían vocación sacerdotal dentro la vida religiosa; y también he de decir que en las observaciones y reflexiones siguientes incidirán tanto mi espiritualidad ignaciana como la formación en la Psicología que se enseña en la Universidad Gregoriana.

1. LA CONFIGURACION CON JESUCRISTO COMO RESULTADO DE UN PROCESO

La configuración con Cristo Pastor ha sido presentada en la "Pastores dabo vobis" y otros recientes documentos como válida meta de

la formación de los candidatos al sacerdocio, del mismo modo que lo es también para los sacerdotes mismos, pues eso les llevará a vivir el dinamismo de la caridad pastoral que caracteriza su condición de pastores y que integrará las diversas facetas de una formación para asemejarse a Cristo[1].

Como concepto, parece que la configuración con Jesucristo se encuentra suficientemente desarrollado, tanto en sus líneas bíblicas como en sus desarrollos dogmáticos y éticos. Una expresión que desde el punto de vista espiritual y formativo puede rastrearse en la tradición desde siempre en expresiones como la "imitación" o el "seguimiento" de Jesús[2].

Por lo dicho, en esta aportación me centraré menos en lo que es el final del trayecto como ideal (en qué consite esa configuración con Jesucristo), y más en algunos elementos que caracterizan el proceso formativo en cuanto camino para llegar a una adecuada y plena, auténtica y gozosa configuración con Jesucristo. Se acentúa más la pedagogía en cuanto nos implica a nosotros formadores, formulada desde los supuestos de una antropología teológica y psicológica que la sostienen.

Empezamos con una breve reflexión sobre el *carácter de proceso* que tiene la configuración con Jesucristo. ¿Por qué volver a insistir en este tópico de la formación como proceso? El ministerio presbiteral incluye las tres funciones clásicas del sacerdocio, que el Vaticano II presenta en forma equilibrada[3]; de aquella formulación e identidad

[1] PDV, n. 21; además, nn. 12, 15, 42-43, 45, 57, 70; JUAN PABLO II, "La formación", p. 378. Ver PO, n. 2; OT, n. 4; "Plan 1996", nn. 16, 21, 28; GARCIA VELASCO, J., "La caridad".

[2] ARZUBIALDE, S., "Configuración con Cristo", en GARCIA LOMAS, J.M. y GARCIA MURGA, J.R., *El seguimiento,* pp. 73-130. En el mismo volumen otros trabajos analizan distintos aspectos del seguimento de Cristo.

[3] THURIAN, M., *La identidad,* p. 12; cf. PO 4-6; "Plan 1996", nn. 30-41.

teológica, enriquecida y actualizada, se derivan las implicaciones para una auténtica espiritualidad del presbítero diocesano, así como la adecuada formación para ello.

Pero de hecho, el problema de configurarse con Cristo Pastor puede propiciar unos acentos en detrimentos de otros en el proceso subjetivo que recorre el candidato al ministerio ordenado. De hecho sucede que, sea por la perspectiva teórica teológica, por los influjos culturales, por la presión social, o sea por requerimientos intrapsíquicos, en el recorrido para dotarse de su identidad de pastor, el sujeto (el seminarista) selecciona y escoge algunos de entre los diversos rasgos objetivamente ofrecidos, de forma que puede resultar en válida acomodación a la persona o en auténtico sesgo de la identidad presbiteral.

Y si es cierto que la concepción teológica del ministerio puede ser fuente de esta situación, pensamos que hoy el problema es menos doctrinal y más pedagógico: conociendo mejor la identidad sacerdotal y aceptándola menos polémicamente, podemos errar en algunos aspectos formativos por querer demasidas cosas a la vez del seminarista, o por quererlas demasiado pronto, o por imaginar que configuraciones externas de identidades claras garantizan la transformación interna de la persona. Por eso la utilidad de recordar la necesidad del proceso.

Parece que los teólogos suelen tener mentalidad y pensamiento más bien sistemático, mientras que pedagogos y psicólogos suelen preferir el pensamiento genético. En mi apreciación, los formadores espirituales de la tradición espiritual, como por ejemplo san Ignacio, ponen el acento más en lo progresivo y evolutivo que en lo sistemático. Pero observemos que muchas veces los documentos de la Iglesia que consideran la formación[4] pueden estar más bien redactados en forma sis-

[4] Por ejemplo, el Código de Derecho Canónico en lo que se refiere a la formación de los clérigos (cc. 232-258) y religiosos (cc. 659-661); o la misma "Pastores dabo vobis".

temática, proponiendo un ideal al que acceder, una verdad claramente presentada como meta objetiva y válida. Y en nosotros se forma la tensión, como pedagogos de candidatos al sacerdocio, pues tenemos por un lado ese ideal objetivo (y su recuerdo por parte de los que pueden legítimamente hacerlo) y por otro la realidad concreta de personas de buena voluntad pero frágiles y que crecen más lentamente de lo que desearíamos. Por eso considero que no debemos perder de vista el carácter de proceso que necesariamente tiene el ayudar a otros en su configuración con Cristo.

Efectivamente, parece que ese ideal formativo que llamamos "la configuración con Jesucristo" es el resultado de un proceso[5] que tiene sus notas peculiares y sus consecuencias para nosotros formadores. Resalto algunas de esas especificidades, que podemos considerar quizá como polaridades frecuentemente contrapuestas e incomptibles, o más bien como acentos que se complementan necesariamente en la delineación de una verdad compleja como es la formación en proceso.

1.1. Cronológico frente a madurativo.

Con la polaridad inicial se recuerda que el proceso no es sólo cronológico, sino verdaderamente madurativo. Hay trigos que se adelantan en su maduración y finalmente quedan raquíticos; o uvas que no recibieron suficiente sol en algunos meses y definitivamente se malogran.

También a veces hay personas mayores que desde un punto de vista psíquico se comportan como niños en sus celos o envidias, o en

[5] Diversos autores resaltan el sentido del proceso en el crecimiento espiritual o vocacional: FIORES, S., "Itinerario espiritual"; GARRIDO, J., *Proceso humano,* especialmente pp. 139-152; 194-201; y 468-510. Desde una perspectiva más directamente antropológica, BISSI, A., *Madurez humana,* pp. 31-106; IMODA, F., *Sviluppo,* pp. 96-106. No hay que olvidar la perspectiva de las tres vías tradicionales como expresión clásica del crecimiento espiritual en proceso.

sus impulsividades o falta de control, en sus ensoñaciones regresivas o en las fantasías grandiosas que les ocupan. La edad o el paso del tiempo no garantizan siempre la madurez humana, según las observaciones de una psicología evolutiva confirmada por la realidad. Hay vectores de esa madurez humana, como el juicio moral o el sentido de la justicia, la asunción de responsabilidades, la capacidad de relación o el control de algunos impulsos que pueden permanecer inmaduros, parcialmente "fijados" en etapas anteriores, en una persona que por otra parte desarrolla de manera suficiente otras áreas como la corporal, intelectiva, laboral, etc.

Aunque suena muy obvio, aquí se afirma que el tiempo no es el único ni el principal factor del proceso de configuración con Jesucristo, como tampoco es el único factor de la maduración humana natural. Y por eso en asuntos formativos el tiempo no lo cura todo, ni lo madura todo, ni arregla por su solo discurrir aquellas situaciones que no reciben enriquecimientos de otras variables formativas[6]. Para nuestro objeto, el mantenerse en el seminario y pasar curso sin demasiadas estridencias no garantiza la madurez plena de ese germen vocacional que sin duda estaba presente al inicio de la formación.

1.2. Intelectual frente a afectivo

Hay que comenzar afirmando el "carácter rigurosamente científico de los estudios eclesiásticos" y la exigencia de una inteligencia de las cosas concretas en quien quiere ayudar a las personas en sus si-

[6] El "Plan 1996" indica que puede darse un ritmo distinto en los diversos aspectos de la formación (n. 171), como diversas son las procedencias de los seminaristas (nn. 176-179). Por eso, aunque hay criterios objetivos de admisión (nn. 180-183) y etapas diferenciadas (nn. 184-222), la formación se tiene que ajustar a la persona del seminarista (nn. 220-221).

tuaciones históricas[7]. Pero el esfuerzo y logros objetivos del cultivo intelectual del seminarista no impide una constatación de los formadores: la frecuente insuficiencia de la inteligencia de los candidatos en sus asuntos formativos y personales.

Aunque para muchos formadores es obvio que una comprensión intelectual de las verdades (y su correspondiente aceptación mental) no garantiza su asimilación interior por parte del seminarista, en la práctica no para todos y siempre es así, ni mucho menos. Muchos formadores nos tranquilizamos cuando los seminaristas son, al menos, inteligentes; cuando comprenden las cosas y hablan razonadamente. En muchos ámbitos eclesiales (y posibleente más en los grupos masculinos) la inteligencia es muy valorada, y por eso es tomada como señal muy segura y notable garantía, que quizá nos ahorra el discernimiento de las demasiadas sutilidades del alma humana: tendemos a creer todo lo que las personas inteligentes nos dicen de sí mismas o de las realidades que describen. Y, sin embargo, no es tan claro que una comprensión lúcida de las cosas capacite también para el discernimiento de los propios asuntos: nadie es buen juez en causa propia. Junto a la evidencia tradicional de que la afectividad puede oscurecer el recto juicio[8], la psicoterapia distingue muy bien entre una comprensión meramente intelectual de los propios procesos y mecanismos y otra comprensión que resulta más plena y es propiamente afectiva. La llamada "inteligencia emocional" podría ser una expresión adecuada para esta forma integrada de relación entre las dos potencialidades en juego[9].

[7] "Plan 1996", nn. 56-57, 94; se pide conocer al hombre concreto, el mundo, adquirir una racionalidad analítica, etc.

[8] SAN IGNACIO DE LOYOLA, "Constituciones", nn. 55, 59, 726; en *Obras Completas*.

[9] P. A. DEWALD, *Psychotherapy. A Dinamic Approach.* New York (Basic Books) 1969, pp. 244-250. Recordemos el best-seller de GOLEMAN, D., *Inteligencia emocional.* El "conocimiento interno" ignaciano, como camino de auténtica configuración con Cristo, tiene muchos rasgos de lo que decimos ("Ejercicios" nn. 104 y 233, en *Obras Completas*).

> El siervo del evangelio (Mt 18, 23-35) *sabe* que es perdonado, pero *no siente* el perdón que recibe. Del mismo modo, un seminarista sabe que debe controlar su impulsividad pero no lo consigue en momentos que resultan bastante favorables y claros a los ojos del formador. O un pastor reconoce racionalmente su necesidad de paciencia con los niños y con los adolescentes de su catequesis, pero no consigue mantenerse tres domingos seguidos en el buen propósito. No basta la comprensión intelectual de las cosas para obrar consecuentemente.
>
> Otras veces se comprende el valor de la comunión eclesial y presbiteral con el obispo, pero a la vez se critica (muy razonadamente) a este obispo mío concreto. Se comprende la propia condición de pecador, pero no se llega a llorar el propio pecado ni se experimenta la compunción por haberlo cometido. Se acepta el valor de la virtud de la humildad, pero no se goza fácilmente en la experiencia de ser humillado con Cristo lleno de oprobios. Y es que no todo el que dice "Señor, Señor" entrará en el reino, sino el que obra, tras haber asimilado (cf. Mt 7,21; Lc 6,46ss).

Comprensión intelectual puede ser la del seminarista que escucha y razona bien, que interviene muy reflexivamente (y hasta con sensatez) en reuniones y entrevistas, pero no se inmuta ni se "despeina" al hablar ni al escuchar; todo lo procesa, todo lo racionaliza sin que profundamente le afecte y cambie. Comprensión afectiva la tiene el seminarista que de vez en cuando, a lo largo de las entrevistas, se siente afectado por lo que dice el formador, lo sufre y lo llora, se rebela o protesta un poco, o quizá se hunde un tanto mientras procesa internamente lo captado; lo dolido (y gozado) se integrará más fácilmente y cambiará un poco al sujeto. Lo afectivo es lo efectivo.

1.3. Psicológico frente a espiritual.

Aquí se expresa la eventual polaridad entre lo humano y lo espiritual, exactamente entre lo psíquico y lo pneumático. ¿Cuál es su rela-

ción: se complementan, se contraponen, se integran fácilmente entre sí?

Por un lado se dio en años pasados la perspectiva y la praxis de una contraposición o al menos difícil integración de esos mundos, por la justa autonomía de las realidades humanas. "El orden de lo intramundano" parece que se tendría que considerar como necesariamente independiente de un Dios visto, por otra parte, como una especie de gran "relojero"[10]. En este sentido se podrían sacar algunas consecuencias notables para la formación donde, por ejemplo, las necesidades humanas básicas serían irrenunciables o imposibles de subordinar a las exigencias vocacionales sin riesgos psíquicos notables.

Aunque el asunto no está siempre tan claramente resuelto, la integración de lo humano y lo espiritual fue posteriormente afirmada con bastante rotundidad en todos los documentos teóricos, aunque siempre valorando la incidencia de la naturaleza humana en toda llamada vocacional[11]. Quizá los formadores vemos que no siempre es fácil percibir esta integración y armonía, propias del final de un proceso, en los momentos iniciales del mismo que vive ordinariamente el seminarista con el que tratamos. En caso de conflicto en algún momento, la jerarquización suele ser clara n los formadores, según aquello de: "religioso y estudiante, religioso por delante")[12].

Con todo, la integración es siempre un reto, y en definitiva la polaridad incompatible no es sino aparente, que se da en algunos pasos del proceso. Los autores espirituales desde siempre piden al sacerdote cualidades humanas y religiosas; san Ignacio de Loyola y san

[10] MARTINEZ CAMINO, J., "El seguimiento de Cristo", p. 146.
[11] "Plan 1996", nn. 50, 53, etc.; OT, n. 4.
[12] "Plan 1996", n. 61; PDV, n. 45.

Juan de Avila repetirán frecuentemente que un sacerdote apóstol debe tener juntamente "virtud y letras". Si la prioridad ontológica parece clara, ¿hay alguna prioridad temporal en su cultivo y adquisición? Para san Ignacio no hay duda, y conforme a tal criterio organiza su plan de formación del jesuita:

> "*después* que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mismos y aprovechamiento en las virtudes que se requiere, será de procurar el edificio de letras y el modo de usar de ellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios". Por eso recibirá la Compañía "mancebos que con sus *buenas costumbres e ingenio* diesen esperanza de ser *juntamente virtuosos y doctos* para trabajar en la viña de Cristo"[13].

Por eso, por ejemplo, san Ignacio pedirá a los rectores que si no se viere el fundamento adecuado de virtud, saquen a los estudiantes de los estudios. ¿Qué hacemos cuando nuestros estudiantes no acaban de progresar en virtud, cuando un seminarista, aunque buen pastoralista, está demasiado disperso? ¿Nos atrevemos a replantear, en cierto modo, el proceso? ¿Buscamos alternativas para favorecer el crecimiento auténtico?[14].

Pues parece que los pasos del proceso tienen su orden y no son meramente acumulativos, por lo que no está garantizado que se logrará el producto final si se proporcionan los ingredientes en otra sucesión, aunque sean los adecuados. Algunos textos importantes dejan la impresión de que la virtud es efectivamente anterior a las letras; que la reconciliación consigo mismo y con Dios y la aceptación del perdón ("se fió de mí") debe ocurrir antes que el apostolado ("me confió este ministerio", 1 Tim 1,12); que el amor es previo al seguimiento y servicio de pastor (cf. Jn 21).

[13] SAN IGNACIO DE LOYOLA, "Constituciones", nn. 307s (subrayados nuestros), y cf. n. 334 (en *Obras Completas*).
[14] SAN IGNACIO DE LOYOLA, "Constituciones", n. 417; en *Obras Completas*; "Plan 1996", nn. 186, 194, 212, 220s, 227, 229, etc.

1.4. Espontáneo frente a libre

La tensión entre estos dos elementos del proceso parece una polaridad muy propia de nuestra cultura, que evidentemente ha optado por la primera de las opciones. Sin entrar en el análisis de esta situación, en definitiva lo *espontáneo* sería fruto del primer deseo e impulso sentido, del "me apetece" más o menos racionalizado cultural o ideológicamente, de la atracción hacia lo que resulta "importante para mí aquí y ahora". Frente a esto, el *proceso libre* sería fruto de un deseo segundo (hay muchos niveles de deseo en el ser humano), resultado de la integración de aquella primera apetencia con el segundo juicio sobre su valor verdadero; es la decisión tomada por el bien en sí de las cosas, por el valor objetivo de todas las realidades implicadas.

El proceso tendría que ser libre por parte del seminarista, primer responsable y protagonista de su formación[15]. Pero la decisión libre de seguir este proceso no permite denominar el proceso formativo de configuración con Cristo como "espontáneo" en sentido estricto.

> Los discípulos subían a Jerusalén como arrastrados por la fuerza atractiva de Jesús, pero caminando un poco detrás de él y con miedo de su destino común. Por eso Jesús debe no sólo iniciar a sus discípulos en el seguimiento (Lc 5-9); sino que trata de formarlos ulteriormente (Lc 9-18) con palabras más duras e intransigentes que hasta entonces, para la educación en el desprecio y la libertad, el abandono de sí al Padre y el sentido de la cruz[16].

Y, en alguna manera, libre (más bien que espontáneo) también por parte del proceso mismo, que no actua por una potencialidad mágica, sino por ser en cierto modo inducido y propuesto en su inicio y en su realización; es decir, por ser acompañado desde fuera por alguien que sabe a dónde va y por qué caminos. Es cierto que en el evangelio de Marcos (4,27) la semilla actúa "por sí misma", como automáticamente; pero esa imagen acentúa la libertad y voluntad antecedente de Dios y de su gracia, sin quitar la necesidad de mediación eclesial también en lo formativo. No cabe pensar en una acción de la institución formativa o de las etapas de formación "ex opere operato", sin disposición de la naturaleza. Ni el ministerio es "una especie de medio automático de santidad"[17], ni la formación para el mismo va a garantizar esa configuración con Cristo si no va acompañada de su adecuada internalización. Por eso, creo, la "Pastores dabo vobis" insiste en el aspecto de llamada externa a la que responder: pues el horizonte de la vocación es llegar a ser un pastor "según mi voluntad" (la de Dios), y por eso una invitación a salir de sí mismo y configurarse con el que nos descentra del "propio amor, querer e interés"[18].

> Espontáneo en un joven seminarista podría ser hacer sólo o preferentemente la pastoral que le agrada, como por ejemplo dar la catequesis a sensibles y afectuosos/as adolescentes/as en confirmación. Libre sería desempeñar la tarea pastoral que hace bien a la gente o que colabora mejor con el proyecto y equipo parroquial, o que le ayuda más a crecer; o la pastoral que esforzadamente se prepara antes y se evalúa después con cuidado, etc.

En conclusión, en esta perspectiva hay implícita una llamada desde fuera de uno mismo: que aparece en la propia conciencia, en el evangelio escuchado despacio en la oración silenciosa, en la capacidad de estar solos con Dios. Se implica también una actitud activa en

---

[15] PDV, nn. 69 y 76; CONGREGACION PARA LA EDUCACION CATOLICA, "Orientaciones", n. 29.

[16] MARTINI, C.M., *El itinerario*, pp. 106-118. Cfr. PARDILLA, A, "La formación de Jesús", pp. 51-70; GESTEIRA, M., "La llamada", p. 45.

[17] GARCIA VELASCO, J., "La caridad", p. 484; cf. FAVALE, A., *El ministerio presbiteral*, p. 277.

[18] PDV, nn. 21 ss ("deberá, debe"); SAN IGNACIO DE LOYOLA, "Ejercicios", n. 189; en *Obras Completas*.

el formador acompañante que ayuda a aplicar y concretar para el sujeto esas mociones espirituales: como se dice en los Ejercicios ignacianos, "reflectir para sacar algún provecho", constatar las implicaciones existenciales concretas de las quizá hermosas mociones espirituales.

1.5. Proceso lineal frente a crecimiento quebrado

La línea que recorre el proceso no es rectilínea ni visualmente armoniosa, sino quebrada y con ciertos altibajos que exigen cambios parciales de dirección (aunque últimamente no de sentido). Significa que para llegar a un final no se puede pasar sino por el camino sinuoso de la crisis y el sobresalto afectivo que conlleva, con la aparente regresión que a veces implica esa experiencia.

En el camino espiritual que son los Ejercicios ignacianos, el ejercitante experimentará inicialmente la consolación espiritual, que le animará a seguir a Jesucristo con grandes deseos y a dejarse configurar con él hasta el punto de ofrecerse a sí mismo en renuncias casi inimaginables. Pero el ejercitante, dice san Ignacio, debe ser advertido para que en esa situación espere y se prepare para la desolación que luego vendrá: sin ser definitiva (pues la espera de la consolación venidera siempre animará al ejercitante fiel), esa desolación será necesaria compañera ocasional de viaje, pero a la vez una etapa purificadora, garantía del crecimiento espiritual[19].

Recordemos las etapas necesarias de la "vía purgativa" o el aspecto doloroso que todo encuentro y lucha con el pecado tiene. Las crisis de

[19] SAN IGNACIO DE LOYOLA: "el que esté en desolación trabaxe de estar en paciencia... y piense que *será presto consolado*"; "el que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación *que después vendrá*" ("Ejercicios", nn. 321 y 323, subrayados nuestros); en *Obras Completas*.

crecimiento son necesarias en la vida espiritual. ¿Se las ahorramos a aquellos a quienes acompañamos, los sostenemos demasiado paternalmente en ellas, se las interpretamos en su sentido profundo para que puedan aprender a vivir como futuros pastores de modo autónomo?

* * *

En definitiva, el resultado de todas las notas indicadas serían que hablamos de un proceso antropológico integral[20]. Integral en cuanto que pretende afectar al ser humano entero, en su intelecto, pero también en su afecto y voluntad libre. Inteligencia emocional y voluntad decidida y libre, persona integrada que sea intencionalmente guiada por el deseo de configuración con un Señor que tiene angustia hasta que se cumpla su destino (Lc 12, 49s). Un proceso integral en cuanto que le afecta en sus potencialidades y facultades todas. Para acompañar esta maduración y crecimiento integral en otros se deben considerar y en cierto modo manejar todas las instancias (espirituales y antropológicas) que nos permitan ayudarles mejor. La configuración con Jesucristo no puede ser sólo una realidad o un ideal que formulemos con expresiones teológicas o bíblicas, sino también con palabras y conceptos de orden antropológico y existencialmente concretos[21].

2. UN PROBLEMA EN EL CAMINO: LA FALSA CONFIGURACION CON CRISTO

Sería prolijo enumerar las diversas fases que los varios procesos de crecimiento espiritual proponen, y las etapas o momentos que

[20] "Plan 1996", nn. 2, 17, 47, 171, 173.
[21] "Plan 1996", nn. 48-51.

personalmente considero necesarias[22]; en cierto modo, también sería parte del trabajo de los presentes ver si en nuestra experiencia sucede que se dan de hecho pasos sucesivos y diferenciados, y si entre ellos hay una secuencia necesaria.

Pero todos los planes de formación de candidatos al sacerdocio (tanto religiosos como seminaristas diocesanos), suelen hablar de etapas en la formación, con una diferenciación mayor o menor en sus fases[23]. Y cada etapa tiene sus acentos y dificultades específicas, tanto para los seminaristas como para los educadores de esas fases.

Pues bien, a continuación quisiera analizar una situación que he percibido más bien en etapas no iniciales de la formación y que se encuentra frecuentemente en la vida de los pastores en ejercicio; situación que creo explicaría algunas dificultades de la vida de los presbíteros[24], a las que podemos adelantarnos si las afrontamos aecuadamente durante la formación.

Aquí me refiero a los seminaristas y a la eventual situación de una "falsa configuración con Jesucristo"; la podríamos también calificar de aparente y parcial. Una situación ambigua que probablemente no parece la dificultad única ni siquiera la mayor que nos encontramos en la formación; pero que creo explica muchas otras dificultades

[22] He presentado en otro lugar un proceso esquemático para acompañar candidatos a la vida religiosa, en parte aplicable al seminarista diocesano: GARCIA DOMINGUEZ, L.M., "El acompañamiento vocacional".

[23] "Plan 1996", nn. 190-222; CONGREGACION PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA, "Orientaciones", nn. 42-65. Cfr. OT, n. 11.

[24] GAMARRA, S., "El proceso", habla de la situación que viven muchos presbíteros de dispersión, activismo, agobio y desbordamiento, con el consiguiente desgaste psíquico y espiritual (p. 224s). Confirmarían estas impresiones las reflexiones de CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", pp. 542-544; de ARIZMENDI ESQUIVEL, "Causas del abandono"; los análisis de GALVE MORENO, "La salud"; y los datos aportados por CENCINI, A., *Por amor*, pp. 75 s.

cotidianas de nuestros "buenos" y no especialmente problemáticos candidatos.

¿De dónde arranca esta posibilidad? De la confluencia de dos conjuntos de factores: por un lado el valor propio de la actividad pastoral y de la formación para ella; y por otro lado, de la habilidad innata de la naturaleza humana para manipular hasta las realidades más sagradas, sin pretenderlo.

En primer lugar, del valor de la pastoral. Hemos dicho que la configuración con Cristo Pastor resulta en una vida informada y conformada por la caridad de Cristo. Esta verdad es paulatinamente el ideal de formación del seminarista en etapas adelantadas de su formación: lograr que su ser de presbítero tenga una unidad en su persona[25] y desde ella viva su actividad ministerial y su espiritualidad como un todo; de modo que así, lo pastoral constituye la línea directriz y central de la formación y su fin[26]. De hecho, los documentos tienden a promover clara e inequívocamente este ideal como el de la formación de presbíteros; así se constituiría un amor apostólico ordenado y concreto, ideal que se propone al seminarista.

> Sin embargo, la naturaleza humana que percibe y encarna ese valor puede hacer cambiar el sentido que propiamente tendría ese valor. También san Pedro quedó inicialmente admirado del éxito de Jesús con las multitudes (Mc 1,36s), de su poder y "exousía" (Lc 5,8s), deseó imitarle y seguirle hasta hacerlo literalmente sobre las aguas (Mt 14,28), deseó ser generoso con él hasta la muerte (Mc 22,33); todo ello, en lo que parece ser una identificación muy fuerte, pero ambivalente, hasta el

[25] Unidad que se lograría "por la polarización de la afectividad" según GAMARRA, S., "El proceso", p. 231. Cfr. "Plan 1996", n. 26 y otros.

[26] PO, n. 14; PDV, n. 65; "Plan 1996", nn. 16-17, 29; GARCIA VELACO, J., "La caridad", p. 57.

punto que debe ser purificada por el Señor de forma muy recia (Mc 8,33; 14,30). Veremos a continuación que no sólo en Pedro, sino también en nosotros o en los seminaristas podrían darse estas configuraciones aparentes o parciales con Jesucristo.

Tratemos de ver algunas pistas semejantes que sin duda alguna vez nos habremos encontrado en nuestra labor de acompañantes espirituales. Pues este mecanismo es muy favorecido actualmente por nuestra cultura occidental si es aceptada acríticamente con sus presupuestos maximalizados: se suele afirmar tanto la centralidad del seguimiento de Cristo como la autonomía incuestionable de la persona; "pero no siempre se tiene conciencia de la dificultad que entraña hacer esas afirmaciones a la vez"[27].

2.1. La dificultad de la recta intención según la tradición espiritual

Si la situación es frecuente, es también lógico que no sea exclusivamente un producto circunstancial de nuestros días, sino algo más estructuralmente constitutivo de la persona humana. Y vemos que, efectivamente, con diversos acentos y nombres la tradición espiritual ha percibido algo de esta situación en el tema clásico de la recta intención y de los engaños en la vida espiritual.

Entre los clásicos espirituales, San Ignacio de Loyola es un buen discernidor de esta forma de engaño espiritual que es la "afección desordenada", de las manifestaciones de un engaño bajo apariencia de bien ("sub angelo lucis", 2 Cor 11,14) que son el objeto inmediato de sus reglas de segunda semana. Este mismo santo es un apóstol incontestable de la "recta intención del divino servicio" en todos los aspectos

[27] MARTINEZ CAMINO, J., "El seguimiento de Cristo", pp. 132 ss.

de la vida, desde la elección de un estado de vida determinado hasta lo aparentemente nimio de "todas las cosas particulares"[28].

San Ignacio bebe mucho de la tradición espiritual anterior a él por su contacto directo e indirecto con ella. La *Imitación de Cristo*, representante neto y difundido de la "devotio moderna" está siempre sobre su mesa de trabajo, junto al Nuevo Testamento. En ese librito se pueden leer frases referentes a los engaños en la vida espiritual en forma de devoción indiscreta, caridad aparente, celo aparente, tentación bajo color de bien, la pura y recta intención en todo[29].

Pero la idea viene de atrás. La tradición oriental que Casiano trae a Occidente es, sin duda, muy rica en buscar y discernir espíritus que actúan de modos sutilísimos e imperceptibles, y entre ellos los que aparecen bajo especie de bien[30]. Evagrio Póntico, el brillante eclesiástico que se acabó haciendo monje en el desierto, analiza meticulosamente la fuente y el proceso de los ocho pensamientos, que parten de la sensación y la memoria afectiva, se convierten en deseos e imágenes, y pasan a ser pensamientos razonados y motivantes; el mismo autor llega a cuidar mucho del análisis de los sueños nocturnos, como un verdadero Freud "avant la lêtre", aunque notablemente más creyente que el fundador del picoanálisis[31].

Parece que maestros espirituales de todos los tiempos suelen percibir engaños en las etapas proficientes del camino espiritual. Con

[28] SAN IGNACIO DE LOYOLA, "Ejercicios", nn. 331-334 y "Constituciones", n.288, en *Obras Completas*. San Ignacio ha sido considerado como uno de los "maestros de la sospecha" (DOMINGUEZ MORANO, C., "Ordenación de la afectividad", p. 124).

[29] TOMAS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, nn. I, 15, 1; II, 4, 1; III, 7, 2; III, 33; III, 54, 1; IV, 15, 3; etc.

[30] HAUSHERR, I., "Direction spirituelle", col 1008-1060.

[31] GONZALEZ VILLANUEVA, J.I., "Introducción", pp. 57-72 y 85-90.

ello se nos abre una gama de interpretaciones de la respuesta humana a la voluntad de Dios que es un tanto más rica que la reduccionista pecado o virtud: pues también cabe el autoengaño en cosas buenas, la equivocación objetiva compatible con una buena disposición subjetiva. Según eso, san Juan de Avila, sin necesidad de condenar siempre y taxativamente a los reformadores de su tiempo, percibe en ellos este autoengaño, que les lleva a querer un fin bueno (reformar la Iglesia) por medios inadecuados (excluirse de ella, etc.); y lo mismo afirma de los iluminados contemporáneos suyos[32].

Muchos engaños son posibles, y notemos que son más bien propios de los proficientes en el camino del espíritu. ¿No puede esto indicarnos que caben también engaños en el proceso deseado por el candidato al sacerdocio de configurarse a la imagen de Cristo Pastor?

2.2. El candidato configurado con Cristo Pastor... de modo aparente

Enumero algunas formas posibles de cómo se podrían manifestar estilos de seminarista o de presbítero que se asemejan al modelo de Cristo Pastor, sin que sea completa para un análisis y discernimiento rigurosos. Aludo sobre todo a dos mecanismos psíquicos[33] que resultan incompletos para que se logre una auténtica configuración con los sentimientos de Cristo (Filp 2,5) hasta el punto de la identificación de

[32] SAN JUAN DE AVILA, *Obras Completas, I*, pp. 682, 684. En el *Audi Fila* dedica amplio espacio al tratamiento de los engaños bajo apariencia de bien: *íbid.*, pp. 496, 594, 682, 689, 694.

[33] Se habla de los mecanismos de complacencia y de identificación en: RULLA, L.M., *Antropología, I*, pp. 322-327; IMODA, F. (Ed.), *Acompañamiento*, pp. 116-119; CENCINI, A., y MANENTI, A., *Psicología y formación*, pp. 350-373. Los autores siguen los estudios de H. C. Kelman.

vida y persona que manifiesta san Pablo ("no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí", Gal 2,20).

a). *La complacencia como configuración gratificante.*

Cabe un tipo de configuración inmediatamente gratificante al aspirante al sacerdocio, que es fruto de una cierta complacencia en desempeñar la función de presbítero en la comunidad. Es algo que puede ocurrir por un mecanismo bastante simple de gratificación externa o interna.

> En la vida social o familiar puede funcionar en cosas pequeñas o grandes. Un chico puede elegir una carrera, una profesión o un trabajo movido principalmente por las ventajas económicas que reporta; un buen estudiante de COU puede aspirar a ser notario porque, en su expectativa, proporciona bastante dinero, notable prestigio social y cómodo trabajo una vez aprobadas las oposiciones.

San Juan de Avila lamentaba grandemente esta descarada motivación económica y material en muchos de los aspirantes al sacerdocio de su tiempo[34]. Aunque en sus denuncias podrían detectarse evidentes abusos, no todos los eclesiásticos motivados tan extrínsecamente eran absolutamente cínicos y depravados sacerdotes; algunos guardaban bastante bien unas formas en lo exterior, y hasta un cierto convencimiento subjetivo, encarnando así una configuración bastante extrínseca con su misión de pastores...

Hoy quizá no serán tan claros estos premios externos, pero ciertamente podríamos decir que un sacerdote (religioso o no) puede en

[34] SAN JUAN DE AVILA, "Tratados de reforma", en *Obras Completas, VI*, pp. 40, 49, 72, 162, 177, etc. "La mucha renta que en algunas partes hay en la Iglesia es cudiciada y procurada por muchos sin ser llamados por Dios para ello" (p. 185).

ese oficio tener asegurada su subsistencia desde el punto de vista de lo material, con autonomía suficiente en lo personal, con cierto prestigio o reconocimiento social añadido en algunos ámbitos y, en definitiva, podría situarse en esta vida con un más que moderado buen pasar. En su ponencia en el marco de un congreso internacional sobre vocaciones, un religioso de la India perteneciente a una congregación internacional, se preguntaba por la razón de que existan más vocaciones al sacerdocio en los países pobres que en los ricos.

La Iglesia católica está presente (económica y socialmente) de modos muy diferentes en los diferentes países de este ancho mundo[35]. Y los premios esperados por los aspirantes al sacerdocio pueden no ser puramente crematísticos.

> En la internacional y católica población estudiantil de los ateneos pontificios romanos se puede comprobar que el "hacer carrera" (no siempre estrictamente ganar mucho dinero eclesiástico) no es algo absolutamente ajeno a jóvenes seminaristas de muy diversos países (norte y sur, oriente y occidente), personas bien dotadas intelectualmente, habilidosos y dispuestos a muchas renuncias actuales para conseguir sus apetecidas metas futuras.

Según estas observaciones, ¿son los jóvenes candidatos españoles tan absolutamente diferentes de los de otras latitudes? ¿Esta motivación de en algún modo "buscarse la vida" está totalmente ausente de la motivación de todos los candidatos al sacerdocio en su esfuerzo por configurarse con Cristo según las indicaciones que les dan sus superiores (quienes también les proporcionarán su status social y económico posteriormente, según el aprovechamiento de cada cual)?

---

[35] ARIZMENDI ESQUIVEL, F., en "Causas del abandono": "se percibe mucho carrerismo y aburguesamiento. Los seminaristas mayores no son motivados para compartir los bienes. Falta espíritu de pobreza y renuncia" (p. 347).

El mecanismo pseudo-configurador de la complacencia tiene otras muchas maneras de manifestarse y unas complejidades que no son del caso explicitar; lo dicho parece que basta para suscitar algunas cuestiones a nosotros formadores. Hay muchos modos de premios personales y sociales, lo mismo que hay muchas maneras de castigos y puniciones; y todos ellos pueden favorecer la complacencia extrínseca con formas presbiterles no incorporadas íntimamente al sujeto en formación.

b). *La configuración parcial de la identificación no internalizan*te.

La configuración con el rol de presbítero (no digo estrictamente con Jesucristo) puede obedecer a mecanismos un poco más internos, y por eso más sutiles. Entre ellos destaca el poderoso mecanismo psíquico de la identificación, proceso necesario y a la vez ambivalente en el crecimiento humano y espiritual.

> Posiblemente es signo de salud psíquica que un adolescente tenga amigos a los que quiera y admire mucho, y forme parte de una pandilla a la que es exageradamente fiel, así como que alimente la veneración por sus ídolos cercanos o lejanos, musicales o deportivos, con los que parece identificarse en muchos rasgos externos e internos; lo contrario en un adolescente sería un poco preocupante.
>
> También es probablemente normal y sano que dicho adolescente, apoyándose precisamente en esas figuras, trate de "matar al padre" o al menos se distancie bastante ostensiblemente en gestos y palabras (pertinentes e impertinentes) de las figuras parentales de sangre o de institución (incluido el seminario).

Pero ese proceso sano de crecimiento que ha utilizado bien inicialmente el mecanismo de la identificación para idealizar a su padre,

luego para "matarlo" ayudado por la nueva identificación con otras figuras, confirma su bondad y madurez precisamente en la capacidad de seguir su evolución natural: reconducir ese mecanismo todavía adolescente hacia su fin que es el logro de su verdadera identidad personal por fin encontrada; y, por lo tanto, por la desaparición de la inicial identificación adolescente.

La identificación[36] puede ser, pues, una operación psíquica de funcionamiento maduro o inmaduro; un mecanismo de adaptación válido, por ejemplo, a un adolescente; o bien un verdadero mecanismo de defensa. Y en este último caso, recordando además que hay formas más primitivas de identificación, que por ser menos frecuentes estadísticamente se dejan aquí de lado, pero pueden darse ocasionalmente en algunos candidatos.

Algo parecido se podría decir del proceso de crecimiento espiritual; a este respecto, se han distinguido dos tipos de identificación en los procesos vocacionales[37]. Uno es el que se apropia de los rasgos sólo gratificantes del sujeto con el que se identifica uno: con los aspectos de su persona, rol social o apariencia que agradan inmediatamente al yo-actual del sujeto. Por ejemplo, me identifico con la inteligencia del sujeto admirado, que me deslumbra; con su habilidad, con su éxito, con su ingenio o su creatividad.

> El seminarista que utiliza este mecanismo puede asímismo llegar a identificarse de este modo con rasgos de Jesucristo, de los santos o de los presbíteros que hoy encarnan la vocación que siente. Se trataría en este supuesto de una identificación parcial: le gusta y atrae el sacerdote con éxito apostólico, con prestigio entre sus compañeros, el admirado por la gente y respetado por el consejo presbiteral, el que estudia y ha obtenido títulos académicos, al que sabe hablar y hacer propuestas inteligentes: así querría ser él mismo.
>
> Lo parcial consiste en que le atrae el éxito, el prestigio, etc, y no el conjunto total de rasgos que configuran a esa persona. Otras veces el modelo de identificación puede ser menos individual y más grupal, o bien puede parecer más espiritual: un movimiento determinado de espiritualidad que proporciona identidad y seguridad, una persona impactante de su formación, un sacerdote con fama de santo o dotado de liderazgo espiritual o apostólico....

[36] La identificación, en la perspectiva freudiana, es una importante operación por la cual el ser humano se constituye; pero existen también modos menos maduros de identificación: LAPLACHE, J. y J.B. PONTALIS, *Vocabulaire*, pp. 187-190.

[37] RULLA, L.M., *Antropología, I*, pp. 323-324.

En este supuesto, la identificación con el Jesús Pastor podría darse propiamente no con el "Jesucristo entero" (cf. Hech 20,27), sino con su rol parcial de jefe o líder de masas, de maestro o intelectual, de curador, o de incómodo "revolucionario". El seminarista que funciona con ese esquema probablemente no recuerda del evangelio aquello de que "seréis dichosos cuando os persigan y calumnien y digan de votros todo tipo de mentira por mi nombre" (según las bienaventuranzas de Mt 5), ni retendrá fácilmente la imagen del Pastor humilde y sufriente que cumple la profecía del Siervo (Is 53), según 1 Ped 2,21-25[38]; sino que se identificará mejor con el Jesús aclamado y buscado por las multitudes (Mc 1,37; Jn 6,14.26): por eso se llama a este proceso *identificación no internalizante*. De hecho, también para los candidatos al sacerdocio suele suceder muchas veces aquello de Machado:

> "No puedo cantar ni quiero
> a ese Jesús del madero
> sino al que anduvo en la mar"[39]

[38] GARCIA VELASCO, J., "La caridad", p. 457.

[39] Mientras que entre las virtudes de la espiritualidad del sacerdote diocesano secular se incluye necesariamente el amor "sacrificado a ejemplo de Cristo" y la capacidad de sufrimiento, "identificándose así con el Cristo crucificado: "Plan 1996", n. 74; PV, n. 50a.

La llamada "identificación con el rol" acentúa el aspecto psicosocial del proceso de identificación, los rasgos visibles socialmente relevantes de la identidad que se desea. Pudiera ser considerado eventualmente como un mecanismo válido de crecimiento, pero también se ha analizado como causa de la crisis de identidad de años pasados, al haberse producido en ellos un fuerte cambio mental y cultural hacia una sociedad secularizada que no valoraba socialmente, como lo hacía la anterior, el rol social desempeñado por el presbítero. Por lo dicho, esta identificación con el rol se puede últimamente reconducir a la conceptualización que venimos utilizando, pues podría darse una identificación internalizante o no con ese rol deseado, según con qué aspectos del mismo se realizara.

2.3. Hacia una explicación de esa falsa madurez

Antes de la presentación del otro tipo de identificación, que llamamos internalizante, buscaremos una explicación un poco más profunda de la situación anteriormente descrita.

a) *La condición bipolar el ser humano*

Para entrar en la explicación de este fenómeno que vaya más allá de las anécdotas hay que recurrir a una explicación más bien estructural y dinámica de la condición humana y de las repercusiones de esas estructuras en la vida vocacional. Una explicación cumplida excede las posibilidades de estas páginas, y nos remitimos a los autores aludidos. Hacemos alusión esquemática a algunos conceptos en buena parte conocidos[40].

[40] Están implicados aquí todos los temas de la relación entre naturaleza y gracia y, consiguientemente, la formación humana del seminarista; "Plan 1996", nn. 49s, etc.

Podríamos decir que todos los creyentes en Cristo inician su camino cristiano atraídos por el ideal del seguimiento de Jesús de Nazaret, que se presenta ante sus vidas como ideal y modelo atractivo. Esto es verdad en mayor medida para los que siguen una vocación sacerdotal o especialmente consagrada. Los ideales que mueven a pedir la entrada en el seminario, a perseverar en él, a desear la ordenación sacerdotal, etc., no es un mero sueño inconsistente, no es pura proyección sublimada de deseos inconfesados, no es últimamente un puro mecanismo psíquico. Aunque algo de ello pueda haber especialmente a los inicios, en toda vocación verdadera hay un sujeto atraído por algo que le sobrepasa, y que sin embargo está formando parte de él mismo, por una parte de su yo que está más allá de su yo mismo, por un horizonte que en cierta manera le transciende aun sin abandonarle, pues lo reconoce como irrenunciablemente suyo.

El reto de esta apertura humana a la trascendencia podemos formularla tentativamente con un concepto de la psicología que podría expresar este tirón o parte del yo que se trasciende: el *yo-ideal*. Se trataría de una estructura humana que abre a la persona a la autotrascendencia (bien sea social y filantrópica, moral, o propiamente religiosa). Esta estructura del yo-ideal tiene unos contenidos propios en cada ser humano, que son los *valores* de todo tipo que habitan su espíritu. El yo-ideal del candidato, evidentemente, estará habitado últimamente por los valores de Cristo Pastor, su persona y su mensaje, que le atrae y mueve, de forma conscientemente central.

Pero siempre hay otros valores en el yo-ideal de cualquier persona, incluido el candidato, de muchos tipos y categorías diferentes: valores biológicos, materiales, intelectuales, estéticos, sociales, morales... Todos ellos, o cualquiera de ellos según su centralidad, motivan y estimulan al sujeto, le hacen desear y elegir, tomar decisiones y caminar en uno u otro sentido por la vida; a veces de forma estable y duradero, otras veces de modo más ocasional.

Esta mezcla y predominio vario de valores que componen el yo-ideal, valores naturales o sobre-naturales, humanos o religiosos, etc., tienen que ver con nuestra corporalidad y dimensión social, con nuestra educación y nuestro pasado, con el grupo humano del que formamos parte y al que pertenecemos social y mentalmente, con la cultura que nos rodea y la sociedad que nos configura en tantos sentidos.

Y radicalmente, esta complejidad que últimamente se instala en el corazón humano[41] tiene que ver con otra estructura del compuesto humano que podríamos llamar el *yo-actual*[42], y que expresa mejor esas realidades humanas (lo propiamente social y lo más privadamente psíquico, consciente o incosciente) y que de alguna manera se podría contraponer estructuralmente a los valores indicados del yo-ideal.

Por eso podemos entender la identidad humana como una unidad un tanto "bipolar" (sin querer entrar aquí en debates más profundos sobre la naturaleza humana), como constituido por dos estructuras siempre presentes y en cierto modo en un diálogo dialéctico entre ellas. En el yo-actual podemos situar, como contenidos principales, esas *necesidades* psíquicas o tendencias de la naturaleza que nos hacen valorar y apetecer instintivamente, que nos mueven a sobrevivir o a

[41] El cual "experimenta múltiples limitaciones", pero a la vez se percibe "ilimitado en sus deseos"; al ser "atraído por múltiples solicitaciones, tiene que elegir y que renunciar"; y por todo ello "siente en sí mismo la división" que tantas veces acaba proyectando en derredor suyo: GS, n. 10.

[42] Me parece más útil traducir la expresión inglesa "*Actual Self*" por la castellana "yo-actual" y no tanto por la de "yo-real", porque esta segunda podría inducir a error de esta manera: si contraponemos un "yo real" a un "yo ideal" indicando que el segundo no sería tan consistente o válidamente constitutivo como elemento de la madurez. La expresión no es importante, pero sí los conceptos, pues en todo este trabajo afirmamos precisamente lo contrario: que tan reales son el uno como otro en la configuración de la personalidad humana; y que tan irreales pueden llegar a ser los sueños de un yo-ideal inmaduro como los sueños y deseos de un yo-actual sin control.

realizarnos, a relacionarnos y a crecer humanamente, y que no desaparecen con la vocación ni se quedan sin actuar después de ella. Hay dos docenas de necesidades que nos empujan a desear, nos motivan en la dirección de sus contenidos específicos: evitar el dolor y el peligro, los fracasos; hacia desear el éxito o aprobación social, la amistad o el amor de otros; nos empujan a llamar la atención, etc.[43]

Por eso, en definitiva, los valores de Cristo, los valores humanos y las necesidades psíquicas van siempre muy juntas, en ocasiones interfiriendose en la adecuada prioridad:

> "porque, como por la mayor parte seamos carnales, estimamos en mucho lo que es carne... y poco lo que es espíritu, como es virtud"[44].

La presencia de estos dos tipos de fuerzas motivacioinales en ocasiones divergentes no es de extrañar, pero de su relación dinámica deriva un resultado: el equilibrio o desequilibrio entre ellas produce la existencia de consistencias o inconsistencias vocacionales en el sujeto[45].

b) *Los dinamismos existenciales. Mecanismos subconscientes de defensa*

Si estructuralmente nos ayuda a entender la vocación conceptuar al ser humano como un ser bipolar en tensión hacia un equilibrio

[43] Una exposición más sistemática de estos conceptos se explican más sencillamente en IMODA (Ed.), *Acompañamiento*, pp. 63-106; un estudio más profundo, en RULLA, L.M., *Antropología, I*, pp. 121-124, 154-157, 431. Cf. CENCINI, A. y MANENTI, A., *Psicología y formación*, pp. 350-373.

[44] SAN JUAN DE AVILA, "Tratados de reforma", en *Obras Completas VI*, p. 46.

[45] Sobre el concepto de consistencia vocacional, ver: RULLA, L.M., *Antropología, I*, pp. 296-300; CENCINI, A. y MANENTI, A., *Psicología y formación*, pp. 146-160.

dinámico un tanto inestable (consistencia o inconsistencia), el funcionamiento de esa relación entre los dos polos motivacionales la podemos explicar por los mecanismos y operaciones psíquicas que se desatan como fruto de esa tensión dialéctica entre ambas estructuras, siempre refiriéndonos a la situación de las personas normales[46].

Los dinamismos dialécticos producidos por esa condición estructuralmente bipolar, que podemos considerar en cierto modo como de carácter esencial y ontológico y por tanto universal, se resuelve fundamentalmente en tres tipos de instancias o dialécticas[47]: la que abarca el *continuum* que va de lo bueno a lo malo; la que se mueve entre lo normal o lo psicopatológico; y la que puede moverse entre el bien aparente o parcial y el bien real o más completo.

> Si queremos considerar el ejemplo de algún candidato al sacerdocio, que podría tener esporádicas reacciones agresivas en el seminario. Puede responder controlando parcialmente sus impulsos y pidiendo disculpas (ante Dios y ante los demás) por sus impertinencias agresivas. Esta reacción (virtud) es diferente de quien dejase de ofender a costa de desarrollar un exagerado sentido de culpa y formando un auténtico cuadro depresivo (con silencio e inhibición verbal, encerramiento en sí, insomnio, obsesiones...) por sus continuos exabruptos; esto sería signo de psicopatología, más o menos temporal y moderada, pero clínicamente constatable. Cabe también, aparte de estas dos dimensiones, otra respuesta hipotética en nuestro agresivo candidato: negando o aislando su agresividad (o la fuente de ella) puede, con discurso racionalizado, proyectar en las estructuras formativas o en compañeros de otras mentalidades el propio malestar, desencadenando incluso una cierta actitud de denuncia (que él llama profética). Esto es el bien (denuncia profética) sin embargo aparente, el engaño espiritual (aislamiento de sus dificultades y ahorro del duro trabajo personal sobre ellas) mediante mecanismos de defensa (aislamiento, proyección, racionalización) que sin embargo no llegan a formar síntomas psicopatológicos (son normales).

Hablamos de la formación de tensiones y dimensiones. Efectivamente, no se puede estar motivado por fuerzas tan contrapuestas a la vez como la agresividad y la mansedumbre pastoral sin que una de ellas prevalezca (y la otra desaparezca de la conciencia), y por eso no siempre la renuncia libre o la atracción por los verdaderos valores es capaz de lograrlo tranquila y sosegadamente. Comúnmente ocurre más bien que se despiertan *mecanismos de defensa* inconscientes que justifican ante nuestra conciencia aquello de "poner un vela a Dios y otra al diablo", hacer algo bueno para no comprometerse en otra cosa mejor, etc. Estos mecanismos permiten satisfacer indirectamente (y sin el reproche de la conciencia, amortiguando así la tensión con el yo-ideal) las pretensiones de las necesidades del yo-actual menos integrables con el yo-ideal (los valores de Cristo).

Los mecanismos de defensa, nombre clásico de la tradición psicoanalítica, pueden manifestarse en muchos modos y percibirse de múltiples maneras por otras corrientes de la psicología y de la espiritualidad. Hemos citado el *aislamiento* y la *proyección*[48]; veamos otro.

---

[46] Nos referimos siempre a funcionamientos normales, y no patológicos, de los mecanismos de defensa. El porcentaje de la psicopatología en la población general o vocacional es siempre mucho menor que la proporción de población normal: entre el 8% y 20% según las diversas investigaciones y su conceptualización más amplia o estricta de lo que sea patología psíquica.

[47] Lo que se llaman "dimensiones" en RULLA, L.M., *Antropología, I*, pp. 164-174; 263-279.

[48] Por la proyección el sujeto expulsa de sí y localiza en el otro (persona o cosa) cualidades, sentimientos, deseos... que desconoce o rechaza en sí mismo; se encuentra en formas más patológicas (paranoia) o propiamente normales: LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B., *Vocabulaire*, p. 344. Otras explicaciones sobre estos mecanismos, en CENCINI, A., y MANENTI, A., *Psicología y formación*, pp. 259-262 y 289-394.

La *racionalización* es un mecanismo bastante accesible a personas cultivadas, como el clero, tanto en el siglo XVI como hoy. Unas frases de San Juan de Avila sobre estos eclesiásticos que "engañados en su propio sentido, relajados con la tibieza, aliviaban los pecados del pueblo", nos ofrecen una muestra de este mecanismo:

> "El *común parecer de ahora es que conviene* ser los eclesiásticos ricos, por que puedan tener sus personas y casas autorizadas con criados, mulas y atavíos, y cosas semejantes. Lo cual dicen que es cosa expediente a la honra de la Iglesia y de Cristo, *cuyos ministros ellos son*"...
>
> "Y como la voluntad, cuando está aficionada, es gran parte para que el entendimiento le sirva, *trayéndole razones que le prueben que le es lícito lo que le es sabroso*, trae, su poco a poco, el entendimiento, primero, a que dude de aquella verdad..."[49]

No importa si actualmente hemos cambiado un poco los contenidos del mecanismo: el proceso es el mismo. La razón se deja engañar por el afecto desordenado, y elabora buenos argumentos para justificarse; así funciona la racionalización[50] ayer y hoy. Y como estos, otros mecanismos que podríamos detectar de modo más larvado o patente, siempre con el mismo fin de enmascarar, inconscientemente, nuestros intereses en actos justificables.

La psicología social ha hablado de las *actitudes*, y este concepto nos aclara desde otro ángulo alguna cosa de los mecanismos defensivos. Estos se utilizan por lo que se ha llamado (Kelman) la ambivalencia

[49] SAN JUAN DE AVILA, "Tratados de reforma", en *Obras Completas, VI*, p. 51, 82 y 100; subrayados nuestros.

[50] La racionalización se da cuando "el sujeto busca dar una explicación coherente desde el punto de vista lógico, o aceptable desde el punto de vista moral, a una actitud, una acción, un sentimiento, etc., cuyos motivos verdaderos no son percibidos": LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J.B., *Vocabulaire*, p. 387.

de significado de las actitudes[51], que no sólo expresan valores y convicciones verdaderas, sino que pueden adoptarse por interés y conveniencia (función utilitaria), o por su función defensiva mediante los mecanismos que sustentan el auto-engaño.

Nos encontramos, pues, con la evidecia de que el subconsciente existe (por así decir) y actúa de modo normal, no sólo patológico; y por eso a veces se reclama mayor atención a él en la formación espiritual, como hizo a su manera tradición y nos confirma las aportaciones de la psicología actual[52].

En todo caso, el resultado es que no existe sólo el mundo de lo bueno y lo malo, de la dimensión de la respuesta libre (como sí o como no) a la llamada de los valores y de la inspiración de Dios, que es la dimensión del pecado o la virtud; tampoco explican todos los fenómenos en la formación el área aludida de la psicopatología psíquica, de lo normal o patológico, de la madurez o la neurosis (o psicosis). Tenemos además una dimensión diferente de las anteriores, y de gran importancia formativa: se trata del ámbito de la dimensión del bien aparente o parcial, la dimensión que ha sido considerada como "olvidada" en la formación[53].

Esta dimensión en la que se apoya el funcionamiento de la falsa configuración con Cristo aludida, es la que parece posibilitar lo que

[51] Presentan estos modos sociales de configurarse: PASTOR, G., *Conducta interpersonal*, pp. 416-419; RULLA, L.M., *Antropología, I*, pp. 144-146; 325-327.

[52] GAMARRA, S., "El proceso", p. 244; GARRIDO, J., *Proceso humano*, pp. 171-175. En la tradición oriental, HAUSSHER, I., en "Direction spirituelle", cols. 1032-1039. Cf. CENCINI, A., y MANENTI, A., *Psicología y formación*, pp. 223-288.

[53] RULLA, L.M., *Antropología, I*, pp. 351-359; RULLA, L.M., IMODA, F., RIDICK, J. *Antropología, II*, pp. 329-354.

san Ignacio denominó en sus Ejercicios Espirituales "afecciones desordenadas", el engaño espiritual bajo apariencia de bien.

2.4. La internalización como mediación formativa

El proceso de la identificación puede llevar a la configuración verdadera con Cristo en su función de Pastor en determinadas condiciones. Nos ayuda a ver el aspecto formativo de este proceso algunos ejemplos pastorales y la alusión a otros dos conceptos que nos falta.

a) *La identificación internalizante como imitación válida*

Habíamos dicho que existe otro tipo posible de identificación, que sí es *internalizante*, y que por eso favorece una auténtica identificación con Cristo[54]. Esta se produce cuando una persona se identifica y desea o acepta los rasgos de la persona porque son buenos en sí, y porque, independientemente de que estén encarnados en su personaje admirado o no, le parecen bien para él según la jerarquía de los valores del evangelio. Consideremos alguna situación hipotética, para presentar el concepto. Si el seminarista admira a un sacerdote estudioso porque con su sabiduría deslumbra a los demás, impacta a quien le escucha y causa gran admiración en todos, parece que se trata más bien de una identificación no internalizante, pues se desean rasgos que favorecen una autoimagen narcisista. Pero si lo admira porque con esa sabiduría entiende mejor este mundo al que quiere evangelizar y así responde mejor a sus retos apostólicos[55], entonces sí parece identificación internalizante, porque las cualidades se ordenan al ministerio de pastor, como en Jesús de Nazaret y en Pablo de Tarso.

---

[54] Que sería la "reproducción de aquel modo de estar entre los hombres que caracterizó a Cristo, Buen Pastor": "Plan 1996, n. 124.

[55] Esto sería uno de los objetivos del estudio según el "Plan 1996", nn. 91s.

> Pues en este segundo caso se siente atraído por el estudio, independientemente de que otros estudien o no, de que se consigan títulos y prestigio o no, y por un fin objetivamente consistente con su vocación: a saber, su dedicación a una preparación intelectual que configurará a dicho seminarista como pastor profundo y riguroso, y no como diletante exhibicionista. Pero para discernir entre estas dos situaciones tanto el seminarista como su formador deben afinar y sincerarse mucho en su diálogo espiritual hasta llegar profundamente a las motivaciones verdaderamente implicadas en cada opción; implica poder responder al "por qué" se desean o apetecen últimamente esas actitudes admiradas, qué uso se hacen de las propias cualidades, y así sucesivamente.

Otra situación. Si nosotros percibimos que un seminarista en su etapa pastoral se identifica notablemente con el párroco con quien trabaja (aunque esto no lo perciba él conscientemente, con toda seguridad) porque atrae poderosamente a la gente de su parroquia y conecta fácilmente con ella, todavía no sabemos qué tipo de identificación predominante le mueve, ni qué motivación está debajo de esta atracción. No basta que conozcamos a dicho párroco (que puede ser un hombre espiritual y desprendido, ejemplar sacerdote), y que éste nos hable favorablemente del seminarista en cuestión; pues el proceso subjetivo de la identificación puede ser absolutamente independiente del objeto de la misma e incluso de una observación ordinaria. ¿Por qué quiere ser como él?

> Si es por percibir, como su párroco, la cercanía de la gente, la cierta admiración y respeto, etc; entonces la identificación no parece internalizante (pues busca algo que probablemente no es malo, pero no es estrictamente nuclear en el oficio de pastor y más bien podría desviar de su realización si se hace central). Si le gusta, por el contrario, ver que el párroco atrae a todo tipo de gentes, gracias precisamente a su paciencia y flexibilidad, y que por eso es aceptada su palabra y su mensaje religioso por la mayoría de la parroquia, entonces la motiva-

ción directamente apostólica de este seminarista (hacerse todo a todos) indicaría un tipo de identificación internalizante. Este seminarista trataría de ser flexible y paciente con todos, como su párroco, también cuando cambie de parroquia, o cuando no le salga todo bien en su trabajo pastoral; busca la atracción y aceptación para anunciar el evangelio, no para anunciarse a sí mismo ni gratificar su necesidad de afecto o admiración[56].

b) *Internalización*

Esta identificación internalizante lleva a una verdadera *internalización*[57] que es el requisito de la auténtica configuración con Cristo; la cual no es una conquista fácil o un logro natural en la formación, sino una meta siempre capaz de motivar y purificar al que la pretende, porque nunca es alcanzada plenamente en esta vida por nuestra condición humana.

La internalización es la asimilación y apropiación personal de los valores de Jesucristo, y para nuestro propósito podemos describirla con varias notas. En primer lugar se trata de que la persona que internaliza acepta un valor o ideal autotrascendente proclamado y vivido por el Señor. Podríamos recordar como apóstoles internalizadores identificados con Jesucristo a san Ignacio de Loyola en la cárcel episcopal ("no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca que yo no deseo más por amor de Dios") o a san Juan de Avila en la prisión de la Inquisición (escribiendo, con san Pablo: "¡Bendito sea el Señor que nos consuela...!").

---

[56] En este caso la recta intención de su pastoral queda clara, y puede ser fuente de su vida espiritual y de su gozo interno en el Señor ("Plan 1996", n. 86), tanto como de su plenitud humana en relaciones significativas (n. 58).

[57] El concepto se explica en RULLA, *Antropología, I*, pp. 321-329; RULLA, L., F.IMODA, J.RIDICK, *Antropología II*, pp. 50, 115-155 y 333-336, etc.

Una segunda característica es que el sujeto hace esto con libertad, sin coacciones o premios externos ni presiones de su psiquismo. Podría ser el ejemplo de una servicialidad a costa del propio esfuerzo. O la situación del seminarista que tiene una relación con su familia ordenada (afectiva y económicamente, en decisiones y relaciones), no acudiendo a reuniones o fiestas familiares bastante apetecibles en vacaciones o durante el curso, por mantener la coherencia con el sistema de formación y de pastoral a que se ha comprometido libremente. O el caso de quien hace diariamente su oración personal aunque no siempre vea que sus compañeros se levanten a tiempo y recen el tiempo que a él le parece necesario para un seminarista.

Un tercer rasgo de la internalización es el de dejarse cambiar por ese valor. Por ejemplo, sería hacerse un poco más audaz (personal y apostólicamente) por el servicio del evangelio, frente a la propia tendencia natural a encogerse y rebajarse. O saber pedir perdón por la agresividad propia, rectificando públicamente cuando se equivoca públicamente. O el caso del seminarista que no fomenta la relación afectiva con una compañera de la facultad de teología (por quien se siente afectivamente atraído) por educar y ofrecer a Dios su opción célibe.

Otro rasgo de la internalización es que este proceso se hace por valoración intrínseca del rasgo que se acepta, sin miedos a castigos, búsqueda de premios ni últimamente por el atractivo personal de un modelo cercano. Podría ser el obedecer a los superiores, o al obispo, por abnegación del propio juicio y por colaboración libre a la comunión presbiteral que desea fomentar en sí mismo. O el caso del que pide pocos permisos porque ya discierne personalmente y decide lo que debe hacer, sin solicitar ni procurar un régimen especial para sus cosas, pues quiere crecer. O el seguir la vocación con unos modelos de identificación que inicialmente le movieron, o sin ellos, e incluso a pesar de ellos. Para este tipo de hombre, la fuente de la verdad y el

bien es el evangelio hecho tan suyo que, incluso, "si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas" [58].

Es claro, por otra parte, que el proceso de internalizar es poco frecuente estadísticamente[59] pero alcanzable y posible en la formación. De hecho es fuente de consolación espiritual y de gozo humano (aunque siempre podremos recaer en esquemas menos maduros). Y esto se encuentra también en el seminario. En definitiva, tenemos que creer (y transmitir así a los que están en formación) que es posible vivir en medio de este mundo, en intensa actividad apostólica, y contemplar el rostro de Dios en toda la realidad, de forma que se puede "en todo amar y servir a su divina magestad": pues "a los que enteramente aman a Dios todas las cosas les ayudan y todas les favorecen para más merecer y para más allegar y unir con caridad intensa con su mismo Criador y Señor, aunque muchas veces ponga la criatura impedimentos de su parte para lo que el Señor quiere obrar en su ánima"[60]. La espiritualidad del contemplativo en la acción parece útil al sacerdote que es pastor de personas inmersas en medio de las realidades este mundo.

Con lo que se dirá a continuación quedarán un poco más claras estas notas de la verdadera internalización y su diferencia con las de una falsa configuración con Cristo.

[58] La expresión es de san Ignacio valorando su experiencia espiritual en Manresa: "Autobiografía" n. 29, en *Obras Completas*.

[59] Los datos para vocaciones a la vida religiosa y al seminario muestran constantemente que un 60-80% de los que empiezan el camino vocacional (así como de los que siguen en la institución al cabo de varios años) manifiestan "una fuerte resistencia a la internalización": RULLA, L.M., IMODA, F.,

[60] SAN IGNACIO DE LOYOLA, en *Obras Completas*: "Ejercicios" (n. 233) y carta a san Francisco de Borja (p. 780).

3. BREVES CONCLUSIONES PARA FORMADORES

Sólo queda sugerir aquí, demasiado esquemáticamente por cierto, alguna pista de actuación para los formadores en el caso de encontrarse con una situación de aparente madurez espiritual en la configuración con Cristo: cómo hacer para prevenir estas situaciones, cómo hacer para ayudar al seminarista cuando se producen.

3.1. Adelantarse a una equívoca configuración con Jesucristo

Algunas estrategias formativas posiblemente útiles para adelantarse a la madurez pueden ser las siguientes. En primer lugar, parece que habría que *conocer bien a los sujetos* que queremos acompañar y ayudar. Por eso, el *examinar a los candidatos* al inicio de la formación institucional y, de alguna manera, repetir este examen de vez en cuando sería una condición necesaria no sólo para la admisión, sino para ayudar verdaderamente en el acompañamiento de todo el proceso formativo[61]. Y examinar no tanto para excluir a los inadecuados, sino sobre todo para ayudar mejor. ¿Cómo podríamos ayudar a quienes no conocemos? Y eso habría que hacerlo con un examen bastante completo, suficientemente revelador de las estructuras y contenidos psíquicos de la personalidad del candidato, así como de la integración de esa base humana con los valores espirituales; y realizado idealmente por miembros del equipo formativo, mejor que por especialistas ajenos al proceso de seguimiento posterior. No nos detenemos ahora en el complejo y delicado asunto de este examen que es requisito previo.

Otro fruto de este examen vocacional sería el de ayudar más eficazmente a *conocerse* al sujeto que inicia su camino vocacional. La

[61] "Plan 1996", n. 176; cf. nn. 172, 223-233 (examen y discernimiento vocacional inicial, constante y progresivo).

importancia del propio conocimiento es tal que san Juan de Avila lo ve discurrir parejo al de la contemplación de Jesucristo:

> "Buscando, pues, ese lugar quieto, recogéos en él a lo menos dos veces al día, una por la mañana, para pensar en la sacra Pasión de Jesucristo nuestro Señor [...]; y otra en la tarde, en anocheciendo, para pensar en el ejercicio del propio conocimiento".
>
> "Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento [...] suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón. Por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce, mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto, ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros"[62]

En segundo lugar podemos señalar el *encuentro personalizado con Cristo*. Ese "encuentro vivo y personal" en soledad ayudará a que el candidato conozca, valores, asimile, haga suyos los valores de Cristo, encarnados en su figura y persona. Una experiencia fuerte de oración, ocasionalmente un poco "desnuda", con desierto y personal, con previa preparación y posterior examen o evaluación de suoraación; y sin que constantemente medie la presencia ambivalente de un grupo que arrope (o difumine) un encuentro interpersonal con Cristo que a veces no es del todo jugoso. Esto enlaza directamente con los rasgos de la espiritualidd sacerdotal:

> Reconocer la "auténtica espiritualidad sacerdotal del presbiterado" pasa por reforzar "el carácter sacerdotal que debiera siempre caracterizar la relación esencial del ministro con Cristo sacerdote, en una vida de contemplación, de oración y de ofrenda, donde la celebración del sacrificio eucarístico conserva su puesto clave"; el sacerdote en comunión con Cristo "reproduce sacramentalmente su ofrenda eucarística y su intercesión incesante", de modo que "este carácter sacerdotal del ministerio es esencial para definir su identidad y su espiritualidad específica"[63].

[62] SAN JUAN DE AVILA, *Audi filia*, cap. 59 y 68; citado por ABAD, C.M., "La dirección espiritual", pp. 69 y 63. La observación del maestro Avila es ejemplo de un proceso no lineal ni sosegadamente armónico, sino en crisis, como hemos aludido.

En tercer lugar, y en relación con lo anterior, se requiere por parte de los formadores una *presentación clara de ideales elevados* como propios del pastor que el seminarista desea ser. Este punto se ha discutido en ocasiones, pensando que al inicio de la vida vocacional se acentúan demasiado los aspectos del ideal. Y de ahí surgen las preguntas: ¿podría ser que pidiéramos o presentáramos valores demasiado elevados? ¿No sería preferible ser más "realistas" en la formación inicial para que se aterrizara más fácilmente en la realidad posterior? ¿No sería aconsejable "bajar un poco el listón"? O, formulado más crudamente, ¿no es peligroso favorecer idealismos desmedidos, que alejan tanto el ideal de la realidad que lo hacen inaccesible y, consiguientemente neurotizan al sujeto y le fuerzan a sublimaciones artificiales y poco duraderas?

Pero parece que una presentación completa de Jesús y su mensaje nunca sería suficientemente idealizada. Ese no es el problema que posteriormente hará inconsistente el idealismo inicial del candidato; la realidad, vista más de cerca, es otra: el seminarista que inicia la teología propiamente se idealiza a sí mismo (no sólo los valores vocacionales) e idealiza también el mundo en que vive, incluida la institución vocacional en la que entra[64]. Por eso necesita desencadenar paulatina-

[63] THURIAN, Max, *La identidad del sacerdote*, pp. 14-15. El "Plan 1996" habla de este encuentro personal con Cristo en nn. 66s, 84; cf. PDV, n. 47.

[64] Un ejemplo: al entrar un 75% dirá que ha tenido con sus propios padres una buena relación, y sólo un 25% la califica de mala; pero al cabo de cuatro años sólo un 10% la considera buena y el 90% mala: RULLA, L.M., IMODA, F., RIDICK, J., *Antropología, II*, p. 400, tabla XIII.

mente mecanismos no patentes para él, pero que por un lado le defienden de reconocer su propia realidad y, por otro, le permiten creer que sigue fielmente su vocación.

La cuestión no es, por lo tanto, que el seminarista idealice excesivamente los valores verdaderos que se le presentan (con tal de que estén adecuadamente ofrecidos), sino que al inicio de su formación supone acríticamente que él los puede llevar a realización sin que cambie especialmente nada sustancial de su persona... pero acomodando la imagen del Buen Pastor a su medida, con resultado últimamente distorsionado y apostólicamente ineficaz.

En cuarto lugar, ayudará el *uso de los medios ordinarios y tradicionales de la formación espiritual y comunitaria*[65]. Por ejemplo, lo comunitario es fuente de renuncias y de oblación genuina y gozosa. Esto lo podemos referir tanto al grupo de iguales, con el que se convive, como al grupo o comunidad al que uno sirve como pastor. El sacerdocio del Nuevo Testamento (en Hebreos) "se ejerce ofreciendo el sacrificio de alabanza y el sacrificio de compartir en comunidad. El sacrificio de la nueva alianza es, a la vez, alabanza eucarística y comunión fraterna"[66].

Un último instrumento formativo privilegiado serían las *experiencias apostólicas discernidas y proporcionadas*[67] a las necesidades del sujeto y a las exigencias de su vocación, y no necesariamente acomodadas a sus gustos ni siquiera a las necesidades pastorales objetivas. El formador puede buscar en ellas que las experiencias sean pedagógicas para el sujeto. Que en ellas, aprenda a elegir por los valores verdaderos y no por los intereses menos elevados; pues elegir cualquier cosa es ya renunciar a lo que no es debido y optar por lo mejor.

[65] "Plan 1996", nn. 75-90 y 163-169.
[66] THURIAN, Max., *La identidad*, p. 26; cf. FAVALE, A., *El ministerio*, 286s.
[67] "Plan 1996", nn. 117-144.

Las experiencias apostólicas, las catequesis, los servicios pastorales de todo tipo (antes y durante el año de pastoral) son lugares privilegiados de crecimiento si se preparan y se evalúan, si se discernen antes y después tanto por parte del formador que las propone en cuanto medio de formación y misión concreta, como por arte del seminarista que las acoge y desempeña como parte de su vocación. Ocasión preciosa para que el formador aplique algunos criterios del proceso descritos en la primera parte de este trabajo y, en su tanto, lo que viene a continuaación.

3.2. Discernir y afrontar una falsa configuración con Cristo

Cuando el formador percibe que la falsa configuración ya puede ser un hecho constituido en un sujeto determinado, ¿qué se puede hacer? Simplificadamente habría que, en primer lugar, discernir (asegurarse de que ese modo de funcionar realmente no es auténtico) y, en segundo, ayudar a cambiar la situación. ¿Cómo hacemos, en definitiva, para discernir esta situación de bien aparente que se podría llamar "afección desordenada"?[68] *afecciones*, pp. 93-97 y 104-106. Imaginemos, por ejemplo, el caso del seminarista que trabaja apostólicamente mucho y estudia poca teología, describiendo en pasos sucesivos lo que a veces es menos metódico.

En primer lugar conviene volver a la experiencia inicial, y por eso *suscitar los valores* formulados por el sujeto: preguntarle qué se propone con su apostolado, pedirle que evalúe lo que quiere con su apostolado. Esto nos llevará sin duda a confirmar y valorar con él la motivación presente conscientemente, que en definitiva es estar "moti-

[68] Se ha indicado esquemáticamente cómo discernir y afrontar la "afección desordenada" en GARCIA DOMINGUEZ, L.M., *Las*

vados" por el ansia de salvación de los hombres en Cristo[69]. La explicación de este primer paso es que hay siempre un valor fundamental y un objeto bueno (al menos, no malo) en la afección desordenada, en este parcial e interesado configurarse con Cristo. Espiritualmente diríamos que hay que apoyarse en la verdadera motivación pastoral, partir de lo sincero que hay en su motivación y actividad.

Un segundo paso que podemos intentar a continuación es *contradecir la afección apostólica*: quitarle al menos un poco de actividad. ¿Qué sucede entonces? ¿Qué se remueve en él?. Alternativa a esta medida, y también útil en ocasiones, es procurarle tanta actividad en momentos o épocas determinadas, que no pueda con ella y consiguientemente se agite por la frustración que le produce no realizarla a su gusto o a su modo.

Lo que pretendemos con esto es agudizar las contradicciones, poner a funcionamiento máximo las fuerzas motivacionales (patentes y latentes), imposibilitar la síntesis armónica a que tendemos todos, fraguando una "consistencia defensiva". Como vemos, plantear lo problemático es contradecir la carga afectiva de su empeño (la afección) y, como dijimos, romper lo lineal del proceso mediante una frustración que luego trataremos de hacer óptima (y no frustración exasperante). Recordemos que sin crisis ninguna en la "armonía lineal" de su proceso es muy probable que esa falsa identificación con Cristo se imponga como más concorde son su naturaleza.

Desde la perspectiva espiritual, este paso puede verse como un contacto con el *camino de la cruz*, que podemos proponerle como experiencia para su crecimiento personal: "subir a la cruz desnudo de todas las aficiones, como el Señor hizo"[70]. La pedagogía de Jesús con

[69] "Plan 1996", n. 126.
[70] SAN JUAN DE AVILA, *Obras Completas, VI*, p. 132.

los discípulos pasa por la pedagogía de la cruz, imprescindible también en la formación pastoral y espiritual del candidato al sacerdocio; y esto no puede ser por masoquismo neurótico del seminarista (¡ni sadismo del formador!), sino porque la naturaleza humana en su condición caída es de tal suerte que no cabe otro modo de que se redima o de purificarse que abrazando esta cruz de Cristo. Sin embargp, es probable que no aceptará pacíficamente este enfoque espiritual.

Se buscaba con lo anterior un tercer paso. ¿Qué se produce por esta contradicción? Probablemente una más o menos fuerte *agitación afectiva*. La implicación latente suscita inicialmente una cierta ansiedad e, inmediatamente, el funcionamiento de las defensas, en algún modo. Si esto ocurriera, tenemos cierta confirmación de que vamos por el buen camino.

Es decir, estamos tocando el carácter afectivo de la situación. En esta agitación, y dentro de un diálogo abierto y confiado[71], puede el seminarista formular la fuerza de la afección, y con su formador examinar y evaluar las fuerzas en juego, para distinguir cosas inicialmente no tan claras.

Si lo anterior se consigue, poco a poco podemos plantear ya el siguiente paso con la pregunta: *¿qué habrá detrás* de tu activismo apostólico? Tratamos de buscar, siempre con el seminarista, *el fin último de su actividad*, lo que busca de forma no tan consciente y que ignoraba inicialmente. Trabajamos ahora la *motivación profunda*, cuestión que requiere el diálogo fomativo muy sincero, y que parte del su-

[71] En tales momentos resulta muy útil el juego *diferenciado* de los roles en los formadores. Por ejemplo, el rector contradice y delimita las cosas, y el padre espiritual recoge la agitación y discierne las motivaciones profundas (haciendo simbólicamente de padre y madre, principio de realidad y de placer): entre ambos se favorece la integración del sujeto en el seguimiento de Cristo, objetivo de formación que se buscaba por ambos.

puesto de que el propio sujeto (el seminarista) no va puede conocer por sí solo.

Detrás de la reflexión que hacemos está siempre el supuesto teórico y la constatación existencial de la presencia de una motivación subconsciente no patológica que actúa sobre las motivaciones vocacionales *junto con* una motivación espiritual también válida. Este supuesto explica la dificultad para que el mismo seminarista pueda reconocer plenamente "las motivaciones reales por las que tiende al sacerdocio" o la dificultad para que pueda tener o reconocer últimamente una pura y "recta intención"[72]. Hacer brotar de algún modo esta motivación segunda, para purificar la primera, es tarea de la formación: ordinariamete el sujeto no puede hacerlo por sí mismo sin ayuda.

Por tanto, la cuestión es siempre mirar la motivación, el por qué de conductas que externamente manifiestan o mantienen muy pequeñas diferencias con las adecuadas. Todos podemos enumerar situaciones ambivalentes donde no sabemos inicialmente cuál es la verdadera razón del comportamiento.

> Puede haber seminaristas que estudian mucho por hacer una carrera brillante; o para conseguir que su obispo los envíe a estudiar a una universidad eclesiástica extranjera (y le asigne después un puesto acorde con su formación). ¿Qué motivación hay debajo de este comportamiento? Habría que preguntarse si alguna inseguridad, la búsqueda de un éxito defensivo, la aprobación del superior, el cierto "glamour" que se deriva de la cercanía al poder, u otros mecanismos semejantes.
>
> Otros seminaristas no estudian lo suficiente (a los ojos de los formadores) por razones que ellos se dan y ofrecen al formador: como tener la adecuada identificación con los pobres, por cercanía a la gente humilde, o por no formarse como sofisticados intelectuales, alejados de la gente sencilla a la que quieren dedicar su vida de pastores. ¿Es todo desprendido y evangélico?

[72] "Plan 1996", nn. 180, 225.

La formulación constante de una pregunta muy sencilla (¿por qué haces, qué buscas, qué quieres...?) ayudará mucho a discernir el funcionamiento pastoral habitual de un seminarista, diácono o presbítero. La razón de fondo de un comportamiento resulta clave del significado que tiene esa acción. Plantear el fin, no lo olvidemos, quiere decir diferenciar en una mezcla, buscar la parte oculta que tenía el fin inicialmente expresado como valores religiosos válidos; pues la hipótesis que manejamos es siempre que junto a valores verdaderos motivan en la falsa configuración con Cristo necesidades disonantes manifestadas en ese modo.

> ¿Se da un estudio verdaderamente formativo o se busca la propia promoción cultural? ¿Se trata de un estilo de relación con los seglares por darles una mejor ayuda apostólica o por buscar un refugio afectivo en quienes generalmente me corresponden abiertamente en el plano afectivo? ¿Se manifiesta un liderazgo realmente apostólico o más bien se busca un dominio y control sobre los demás? ¿Se opta por un trabajo inserto entre los seglares (quizá como profesor o profesional de cualquier tipo) o más bien se pretende encarnar un rol social significativo y reconocible en medio de un mundo secularizado que no valora la profesión sacerdotal? ¿Se desea la verdadera comunión sacerdotal diocesana o bien la formación de grupos de presión dentro de la diócesis?[73] por el compañerismo y el grupismo, pero responde poco a la realidad afectiva... la solidaridad y la fraternidad son valores no asimi-

[73] ARIZMENDI ESQUIVEL, F., en "Causas del abandono", no hace preguntas, sino afirmaciones rotundas: "existe mucha camaradería, pero falta comunión fraterna... la vida comunitaria está marcada

lados en la vida de comunidad" (pp. 346s). "La pastoral... termina siendo una fuga del Seminario y de los compromisos de estudio... hay un optimimo exagerado, y poco sentido de la cruz. Hay debilidad frente a los fracasos pastorales" (pp. 351s).

Si algo de lo anterior se consigue sacar a la luz, hemos discernido ya la base de la falsa configuración con Cristo: la parte no válidad de la motivación. Ya podemos pensar en el *camino subsiguiente*, que será purificar la intención, asentar las motivaciones válidas, desempeñar con menos ambivalencia su apostolado, integrar los aspectos menos gratos del mismo (como el fracaso apostólico) y las condiciones necesarias para realizarlo mejor en el futuro (como el estudio).

Esto se consigue de muchas maneras, y en la base está el acompañamiento formativo, espiritual y pastoral más bien frecuente y muy transparente[74]. A través de él se puede favorecer que el sujeto opte rectamente en lo concreto, para lo que conviene favorecer una libertad de elección que incluya sus equivocaciones. Buscar, discernir, elegir, equivocarse, rectificar, cambiar, entregarse con generosidad y abnegación nuevas será siempre el modo ordinario de crecimiento pastoral y vocacional.

Al final de este recorrido, y ya poco a poco durante el mismo, gracias a Dios podremos acompañar al seminarista en el gozo del resultado de su esfuerz, pues experimentará verdaderamente que su "práctica pastoral es una fuente de espiritualidad" y que su ministerio y caridad pastoral manifiesta su plenitud y alcanza su sentido y perfección, logrando así la meta de la formación: "reproducir el modo de vivir y actuar de Cristo Pastor en el ejercicio del ministerio", en cuanto se puede alcanzar en esta vida[75].

[74] CONGREGACION PARA LA EDUCACION CATOLICA, "La preparación de los formadores", n. 37; "Plan 1996", nn. 60, 85.

[75] "Plan 1996", nn. 86, 29, 125 y 117.

Conclusión

El ministerio, que es fuente primordial de la espiritualidad sacerdotal, ofrece el riesgo de ser inspirador de comportamientos ambivalentes en los candidatos al sacerdocio. Para adelantarse a representaciones sesgadas del ministerio, la formación espiritual del candidato es imprescindible y central en los inicios del proceso formativo, como lo será después. Pero no basta.

Pues al inicio de la vida vocacional el candidato se desconoce en gran medida, y por eso no puede libre y voluntariamente internalizar e integrar sus ideales por sí mismo y sin conflicto, aunque esos ideales sean reales y no podamos dudar de una verdadera llamada vocacional. No basta pedir la recta intención y la motivación recta: la formación debería posibilitarlas.

Por eso, tampoco es suficiente elaborar buenos planes formativos, que sin duda son necesarios y en gran medida ya poseemos; también hace mucho tiempo se dijo respecto a la necesidad de reforma del estado eclesiástico "que es mucha la maldad con muchas y muy buenas leyes"[76]. La aplicación de los planes no es sólo cuestión de formulación teórica ni del ejercicio de gobierno, sino también de la aplicación de una apropiada pedagogía para la internalización.

El trabajo en verdadero equipo formativo, nuestra propia formación permanente como formadores y la preparación de futuros formadores en los ámbitos antropológicos que interesan a la transformación en profundidad de los sujetos parecen medidas que formarían parte de nuestra colaboración humilde a la misión de Jesús de congregar este inmenso y único rebaño bajo un único pastor, para la que hacen falta tan buenos pastores.

[76] SAN JUAN DE AVILA, *Obras Completas, VI*, p. 33 ss.

REFERENCIAS:

1. DOCUMENTOS

CODIGO DE DERECHO CANÓNICO
Edición bilingüe.
BAC MINOR, 66, 1983, pp. 795.

CONCILIO VATICANO II
"Presbyterorum ordinis". Decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros (7-XII-1965).
DECRETOS DEL CONCILIO VATICANO II, BAC, 1965, pp. 462-521.

CONCILIO VATICANO II
"Optatam Totius". Decreto sobre la formación sacerdotal (28-X-1965).
DECRETOS DEL CONCILIO VATICANO II, BAC, 1965, pp. 526ss.

CONCILIO VATICANO II
"Gaudium et Spes". Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (6-XII-1965).
DECRETOS DEL CONCILIO VATICANO II, BAC, 1965, pp. 260-411.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
"La formación para el ministerio presbiteral. Plan de formación sacerdotal para Seminarios Mayores" (1966).
MADRID - CONFERENCIA EPISCOPAL, Com. Sem. 1996, pp. 187.

CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA
"Directrices sobre la preparación de los formadores en los Seminarios" (4-XI-1993).
ECCLESIA, N° 2.671, 1994, pp. 238-250.

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONS.
"Orientaciones sobre la formación en los Institutos religiosos..." (2-II-1990).
ECCLESIA, N° 2.371, 1990, pp. 554-582.

JUAN PABLO II
"La formación humana para la configuración con Cristo"
SEMINARIOS, 39, 1993, pp. 376-381.

JUAN PABLO II
"Pastores dabo vobis". Exhortación Apostólica postsonidal" (25-III-1992).
ECCLESIA, 2.577-78, 1992, pp. 624-675.

2. LIBROS

BISSI, ANNA
Madurez humana. Camino de transcendencia. Elementos de psicología de la religión.
1996, MADRID, SOCIEDAD DE EDUCACIÓN ATENAS.

CENCINI, AMEDEO (CANOSIANO)
Por amor, con amor, en el amor. Libertad y madurez efectiva en el celibato consagrado.
1996, MADRID, SOCIEDAD DE EDUCACIÓN ATENAS.

CENCINI, AMEDEO; MANENTI, ALESSANDRO
Psicología y formación. Estructuras y dinamismos.
1995, MEXICO, PAULINAS.

FAVALE, AGOSTINO (SDB)
El Ministerio Presbiteral. Aspectos doctrinales, pastorales, espirituales.
1989, MADRID, SOCIEDAD DE EDUCACIÓN ATENAS.

GARCÍA DOMÍNGUEZ, LUIS MARÍA (SJ)
Las afecciones desordenadas. Influjo del subconsciente en la vida espiritual.
1992, SANTANDER, MENSAJERO-SAL TERRAE.

GARCÍA-LOMAS, J.M.; GARCÍA MURGA, J.R. (EDITORES)
El seguimiento de Cristo
1997, MADRID, PPC - UNIVERSIDAD P. COMILLAS.
GARRIDO, JAVIER (OFM)
Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana.
1996, SANTANDER, SAL TERRAE.
GOLEMAN, DANIEL
Inteligencia emocional
1996, BARCELONA, KAIROS
IMODA, FRANCO (ED.)
Acompañamiento espiritual para adolescentes. Apuntes psicológicos.
1996, MADRID, S.E. ATENAS
IMODA, FRANCO (SJ)
Svilupo umano, psicologia e misterio
1993, CASALE MONFERRATO-IT, PIEMME.
KEMPIS, TOMAS
Imitación de Cristo y menosprecio del mundo.
1943, MADRID, AFRODISIO AGUADO.
LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J.B.
Vocabulaire de la Psychanalyse.
1968, PARIS, PRESSES UNIVERSITAIRES FRANCE.
MARTINI, CARLO MARIA (SJ)
El itinerario del discípulo. A la luz del Evangelio de Lucas.
1997. SANTANDER, SAL TERRAE.
PASTOR RAMOS, GERARDO (CMF)
Conducta interpersonal. Ensayo de Psicología Social sistemática.
1988, SALAMANCA. UNIV. PONTIFICIA DE SAL.
RULLA, L.M. (SJ)
Antropología de la vocación cristiana. I. Bases Interdisciplinares
1990, MDRID, S.E. ATENAS.

RULLA, L.M.; IMODA, F.; RIDICK, J.
Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales.
1994, MADRID, S.E. ATENAS.
SAN IGNACIO DE LOYOLA
Obras Completas.
Edición de Ignacio Iparraguirre y J. Ruiz Jurado.
1992, MADRID, EDITORIAL CATÓLICA
SAN JUAN DE AVILA
Obras Completas del Maestro Juan de Avila, Vol. I.
Edición del L. Sala Balust y F. Martín Hernández.
1970, MADRID, EDITORIAL CATÓLICA.
SAN JUAN DE AVILA
Obras Completas del Maestro Juan de Avila. Tomo VI.
Edición de L. Sala Balust y F. Martín Hernández.
1971, MADRID, EDITORIAL CATÓLICA.
THURIAN, MAX (MONJE DE TAIZE)
La identidad sacerdotal.
1996, MADRID, SOCIEDAD DE EDUCACIÓN ATENAS.

3. ARTÍCULOS

ABAD, CAMILO MARÍA (SJ)
"La dirección espiritual en los escritos y en la vida del beato Juan de Avila".
MANRESA, 18, 1946, pp. 43-74.
ARIZMENDI ESQUIVEL, F. (OBISPO)
"Causas del abandono del Ministerio Presbiteral en América Latina" (=Revista BOLTÍN OSLAM, 28, 1995).
SEMINARIOS, 41, 1995, pp. 343-358.

ARZUBIALDE, SANTIAGO (SJ)
"Configuración (Rom 8,29) y vida en Cristo"
En el libro de García-Lomas y García-Murga (Ed.).
EL SEGUIMIENTO DE CRISTO, PPC, 1997, pp. 130.
CRESPO HIDALGO, ALFONSO (PBRO)
"El acompañamiento espiritual". En el Congreso de la Comisión del Clero de la Conferencia Episcopal. En el libro ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL, EDICE, 1989, pp. 521-552.
DOMINGUEZ MORANO, CARLOS (SJ)
"Ordenación de la afectividad y mecanismos de defensa".
En el libro: ALEMANY, C., y GARCIA-MONGE, J.A.
PSICOLOGÍA Y EJERCICIOS IGNAC., Santander, 1991, pp. 109-139.
FIORES, STEFANO DI (SMM)
"Itinerario espiritual". En el libro:
NUEVO DIC. DE ESPIRITUALIDAD, Madrid, 1983, pp. 733-750.
GALVE MORENO, MARIANO (PBRO.)
"La salud del cléro".
En revista:
SURGE, 50, nº 534, 1992, pp. 143-168.
GAMARRA, SATURNINO (PBRO.)
"El proceso pedagógico en la espiritualidad sacerdotal". En el libro de AA. VV. (CONGRESO CONFER. EPISCP.).
ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL. Madrid-E, 1989, pp. 223-259.
GARCÍA DOMÍNGUEZ, L.M. (SJ)
"El acompañamiento vocacional en el proceso para la vida religiosa"
TODOS UNO, 111, 1992, pp. 5-83.
GARCÍA VELASCO, JULIO (OPERARIO DIOCESANO)
"La caridad pastoral en la teología y en la espiritualidad del ministerio".
SEMINARIOS, 39, 1993, pp. 461-491.

GESTEIRA GARZA, MANUEL (PBRO.)
"La llamada y el seguimiento de Cristo".
En el libro de García-Loma y García-Murga (Ed.).
EL SEGUIMIENTO DE CRISTO, PPC, 1997, pp. 33-72.
GONZÁLEZ VILLANUEVA, J. I. (OSB)
"Introducción" en edición de las "Obras espirituales" de EVAGRIO PONTICO.
MADRID - EDIT. CIUDAD NUEVA, b. Pat. 28, 1995, pp. 13-130.
HAUSSHERR, I. (SJ)
"La direction spirituelle en Orient... chez les chrétiens orientaux"
DICTIONAIRE DE SPIRITUALITE, III, 1957, pp. 1008-1060.
MARTINEZ CAMINO, JUAN A. (SJ)
"El seguimiento de Cristo, clave en la 'Veritatis Splendor' ".
En: GARCÍA-LOMAS, GARCÍA-MURGA (ED.): EL SEGUIMIENTO DE CRISTO, Madrid, 1997, pp. 131-150.
PARDILLA, ANGEL (CMF)
"La formación de Jesús a los Doce". En el libro de AA.VV.: FORMACIÓN PARA LA VIDA RELIG., Madrid, 1984, pp. 11-106.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

GS	"Gaudium et Spes".
OT	"Optatam Totius".
PDV	"Pastores dabo vobis".
Plan 1996	CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, "La formación para el ministerio presbiteral. Plan de formación para los seminarios mayores" (1996).
PO	"Presbyterorum Ordinis".

Además, se utilizan las habituales abreviaturas de los libros bíblicos.